Article d’**Augutin Coutoisie** paru dans le magazine *Relaciones* (Uruguay) N°414 Novembre 2018

***Serie: Convivencias (CLCLXIII)***

**Un peculiar pensamiento crítico**

Ni anarquistas, ni estatistas. Defensores de lo público no estatal. Promotores del autogobierno en todos los niveles de la sociedad. El sociólogo Christian Laval y el filósofo Pierre Dardot constituyen un dúo singular de pensadores franceses que fundan en 2004 el grupo “Question Marx” para romper varios moldes del pensamiento crítico y estimular prácticas sociales autogestionarias.

Uno de ellos, Pierre Dardot, visitó el Uruguay hace unas semanas. Dictó con­ferencias en varias instituciones, conce­dió entrevistas y realmente vale la pena recorrer algunos ejes conceptuales de sus obras en coautoría más conocidas. Un consejo: para aprovechar estas propues­tas, no conviene aplicar el “diccionario predictivo” como el que solemos usar al escribir en nuestros celulares, sino abrirse a conceptos distintos, a algo nuevo que queda por fuera de los senti­dos habituales de las palabras. Siempre hay más opciones que aquellas entre las cuales nos apuran a elegir.

En las líneas que siguen presen­taré algunos de los libros de Laval y Dardot, para culminar luego con una entrevista a éste último autor, durante la cual se liberaron varios chisporroteos polémicos y puntualizaciones sobre la política contemporánea, que a veces pueden pasar desapercibidas en las páginas de talante más académico. En el comentario brevísimo de cada libro no sigo un orden cronológico: la cons­trucción lógica a veces debe ceder ante la apropiación psicológica y subjetiva­mente articuladora de los temas.

**COMPETENCIA COMO NORMA**

Comencemos por *La sombra de Octubre (1917-2017)*. Leemos allí: “Los bolcheviques nos enseñaron cómo la revolución no debe hacerse” (Laval y Dardot, 2017b, p. 9). Ese epígrafe de Piotr Kropotkin es la primera cachetada que recibirá el lector desprevenido que quizás esperaba una piadosa nostalgia por aquellos días que estremecieron al mundo, cuando todo era esperanza. Un párrafo extenso de Cornelius Cas­toriadis en la otra punta del libro, po­dría terminar por desconcertar si no se presta atención a lo que fluye con aires libertarios durante todo el desarrollo: “De la empresa bolchevique no queda ni quedará más que un inmensa acu­mulación de cadáveres torturados, la creación inaugural del totalitarismo, la perversión del movimiento obrero in­ternacional, la destrucción del lenguaje –y la proliferación en el mundo de varios regímenes de esclavitud sangui­naria–. Aparte de todo esto, un ejem­plo para reflexionar sobre este siniestro contraejemplo de lo que *no* es una revolución” (citado por Laval y Dardot, 2017b, p. 191). Sacado fuera de contex­to, ese párrafo es desequilibrado, si no se mencionan los demás horrores del mundo, producto de la razón imperial y la razón colonial. Pero es un botón de muestra de las dificultades de enca­sillar a Laval y Dardot, y para entender por dónde van y vienen los tiros.

Los impulsos generosos traiciona­dos a lo largo del tiempo (o invisibi­lizados por la sombra del título) con­ducen a los autores a reivindicar, entre otras, a la Revolución mexicana de 1910, “una revolución social olvidada” (Laval y Dardot, 2017b, pp. 150 y ss.) y a la Revolución española, en campo republicano, durante la Guerra civil a partir de 1936; “una revolución social disimulada” por el mundo pese a sus notables logros.

En cuanto a *La nueva raz*ó*n del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal* (Laval y Dardot, 2013), los relampa­gueos conceptuales de sus páginas se suceden de modo vertiginoso: “El neo­liberalismo, antes que una ideología o una política económica es, de entrada y ante todo, una *racionalidad*; y que, en consecuencia, tiende a estructura y a organizar, no sólo la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los propios gobernados. La racio­nalidad neoliberal tiene como caracte­rística principal la generalización de la competencia como norma de conducta y de la empresa como modo de subjeti­vación” (Laval y Dardot, 2013, p. 15).

Si alguien decidiese incorporar a la bibliografía de un curso este libro, yo recomendaría focalizar la Parte III, Capítulo 9, “La fábrica del sujeto neoliberal”. Los asuntos parecen de un seminario de marketing pero se trata de una serie de retratos conceptuales feroces, que no dejan títere con cabeza: “La ascesis del rendimiento”; “El ries­go: una dimensión de existencia y un estilo”; “El sufrimiento en el trabajo y la autonomía contrariada”; “La erosión de la personalidad”; “La desmoraliza­ción”; “La depresión generalizada”; “La perversión ordinaria”; “El goce de sí del neosujeto”, etcétera (Laval y Dardot, 2013, pp. 325-379). Como prueba adicional de resistencia a las provocaciones con efectos sísmicos, el lector debería intentar dar respues­ta al demoledor y último tramo de “Conclusiones”: “El agotamiento de la democracia liberal” : “En contra de lo que pensaban los economistas clásicos, el mercado se presenta, no como algo naturalmente dado , sino como una realidad construida que requiere, en cuanto tal, la intervención activa del Estado, así como la instauración de un sistema de derecho específico” (Laval y Dardot, 2013, p. 383).

Una de cal y otra de arena, pare­ce ser la técnica favorita de Laval y Dardot. Por ejemplo, en *La pesadilla que no acaba nunca* (2017 a), expresan: “Para nosotros la neoliberalización acelerada de las sociedades no es un destino fatal” (Laval y Dardot, 2017 a, p. 14). Pero a renglón seguido evaporan las esperanzas concretas que podrían conjeturarse: “La lógica minoritaria de lo común aún no ha encontrado su expresión de masas, sus marcos institucionales o su gramática política. Tan solo estamos al principio de una nueva configuración revolucionaria . Y este retraso nos inquieta. La izquierda llamada ‘radical’ o ‘crítica’ tropieza y a veces recula. También sucede que capi­tula frente al adversario, como Syriza, en Grecia, en 2015” (pp.14-15).

Quienes estén deseosos de creer arrimarán su leño la brasa esperanza­dora de este capítulo: “El experimento de lo común contra la expertocracia”. Sin embargo, el balde de agua fría llega pronto con una suerte de “…que se vayan todos”: “No hay nada que esperar de los partidos y aparatos que se disputan el reconocimiento del Es­tado y esperan cargos y subvenciones. Para tener posibilidades de ver la luz, la elaboración de una alternativa sólo puede venir *desde abajo*, es decir de los ciudadanos mismos” (p. 159). Insis­ten Laval y Dardot en ese concepto cuando juzgan con desconfianza la evolución de Podemos en España: “Abstraerse de este despliegue de ener­gía del movimiento de las plazas y separar el nacimiento de Podemos de esta ‘puesta en movimiento’ de toda la sociedad es condenarse a perder lo esencial. Y toda tentativa de reprodu­cir el ‘esquema español’ desde arriba está condenado al fracaso. Lo que está en juego, más allá el auge electoral de 2015, es la peligrosa prevalencia de la lógica de la representación y de la cen­tralización sobre la lógica de la igual­dad en la participación o, por decirlo otra vez con las palabras de Amador Fernández-Savater, la prevalencia del *teatro* sobre la *piel*” (p. 167). Agregan unas líneas más adelante: “El caso de Grecia merece otra vez toda nuestra atención. Una de las grandes debilidades del gobierno de Syriza fue la de dejarse encerrar en un reparto de papeles de lo más clásico, precisamente el que impone la lógica del teatro: los gobiernos ocupan el papel de ‘actores’ en la escena y solicitan los sufragios de los ciudadanos reducidos al rol no menos clásico de ‘espectadores’ del teatro político (pp. 167-168). Un mérito que no puede negarse a *La pesadilla que no acaba nunca* es la soltura con la que los autores pasan del análisis teórico de perspectivas como las de Ernesto Laclau, o las de Hardt y Negri, al rela­to pormenorizado de lo ocurrido en España con Podemos (aún con proyec­ciones positivas) y en Grecia con Syriza (hoy considerado un caso de resigna­ción de la izquierda a las presiones de la institucionalidad neoliberal global).

**EL SER SOCIAL ES FUERZA**

La obra más imponente de Laval y Dardot por su densidad propositiva, su lucidez en materia de filosofía política, y su vívida fenomenología de movi­mientos participativos, es sin duda *Co­m*ú*n. Ensayo sobre la revoluci*ó*n en el siglo XXI* (2015). En la Introducción, “Lo común, un principio político”, decla­ran muy expresivamente: “La presente obra quiere identificar el principio político de lo común como el sentido de los movimientos, luchas y discursos que, estos últimos años, se han opues­to a la racionalidad neoliberal casi en todo el mundo. Los combates por la ‘democracia real’, el ‘movimiento de las plazas’, las nuevas ‘primaveras’ de los pueblos, las luchas de los estudiantes contra la universidad capitalista, las movilizaciones por el control popu­lar de la distribución de agua, no son acontecimientos caóticos y aleatorios, erupciones accidentales y pasajeras, tumultos dispersos y sin finalidad. Esas luchas políticas obedecen a la racionali­dad política de lo común, son búsque­das colectivas de formas democráticas nuevas” (p. 24).

En la primera parte de *Común*, “La emergencia de lo común” se reconstru­ye el recorrido histórico del principio de lo común, y se critican las concep­ciones que le son adversas. En la se­gunda parte, “Derecho e institución de lo común”, se parte de la base de que “lo peor que se puede hacer es dejar el derecho en manos de quienes tienen por profesión dictarlo (…) el derecho es en cuanto tal un campo de lucha” (p. 25). En la tercera y última parte, se esbozan nueve propuestas políticas, entre ellas, “Hay que oponer el derecho de uso al de propiedad”; “Lo común es el principio de la emancipación del trabajo”; “Lo común debe fundar la democracia social”; “Los servicios pú­blicos deben convertirse en institucio­nes de lo común”, entre otras.

Veamos algunos otros conceptos sustanciosos: “Lo común define una norma de inapropiabilidad” (p. 664). “Este libro se dedica a explorar esta significación política de las luchas con­temporáneas contra el neoliberalismo” ( p. 25). Definiciones útiles: “Comu­na”, “nombre del autogobierno local”; “comunes”, “el nombre de los objetos de naturaleza muy diversa de los que se ocupa la actividad colectiva de los individuos”; “común”, “es propiamente el principio que anima esta actividad y que preside al mismo tiempo la construcción de esa forma de autogo­biernos” (p. 25). Siguiendo a Proud­hon afirman: “Es el vínculo social en cuanto tal la fuente de toda riqueza, el que está en el origen de toda actividad económica y de toda fecundidad inte­lectual y espiritual”. Y sentencian: “El ser social es fuerza” (p. 237).

**AUTOGOBIERNO EN TODO NIVEL**

En un mail del martes 23 de octu­bre, Pierre Dardot cumplió su promesa de contestar algunas inquietudes mías sobre sus posturas políticas y su obra junto a Christian Laval. Yo le había propuesto una suerte de entrevista ping-pong, que otorgara algo de frescu­ra a la panorámica filosófica que tenía previsto escribir, luego de su reciente visita al Uruguay. Me escribe entonces: “Encontrará adjunta una respuesta a las siete preguntas que me hizo. Intenté ser lo más breve posible, pero algunas preguntas mencionaban ejemplos, si­tuaciones y autores muy diferentes. Así que tuve que poner los puntos sobre las ‘íes’ y entrar en detalles”. El tono tan disperso como provocativo de las interrogantes había sido hecho adrede, pero me sorprendió gratamente la agu­deza polémica de sus respuestas y la luz que arroja sobre sus perspectivas polí­ticas concretas. Vaya si puso los puntos sobre las “íes”, Monsieur Dardot.

**Agustín Courtoisie:** El pasado 16 de octubre la *France insoumise* y su líder Jean-Luc Mélenchon sufrieron un ata­que policial y judicial poco frecuente en Europa. En América Latina se per­sigue a Rafael Correa (Ecuador), Lula (Brasil), Cristina Fernández de Kirchner (Argentina) ¿Hay algo en común entre todos estos casos?

**Pierre Dardot:** Es un hecho que los gobiernos neoliberales tienden a explotar el poder judicial (Corte Su­prema, Fiscalía, etc.) con el propósito de intimidar políticamente a sus opo­nentes. Pero esta instrumentalización no debe dar la impresión de que todos los casos que usted cita pertenezcan a la misma “persecución” orquestada por un “Estado mayor” centralizado. Las situaciones son muy diferentes. La búsqueda ordenada por la Fiscalía representa innegablemente una puesta en escena de Macron contra lo que él percibe como su principal rival para el poder. Pero la reacción de Jean-Luc Mélenchon ante el fiscal (“la República soy yo”, “mi persona es sagrada”) dio la desafortunada impresión de querer estar por encima del derecho común que exige a todos los partidos rendir de modo transparente sus cuentas de cam­paña. En el caso de Lula, obviamente es una operación para retirarlo de la competencia electoral para la presiden­cia. En cuanto a Rafael Correa, tenga en cuenta que su propio sucesor ahora pretende distanciarse de la administra­ción del gobierno que ha heredado. De manera más general, uno debe descon­fiar de todas las amalgamas apresuradas que solo aumentan la confusión (del tipo “post-neoliberalismo” para alistar bajo la misma pancarta Chávez, Co­rrea, Lula, Bachelet, etc.).

**AC:** En su libro *La sombra de Octu­bre* (2017) usted y Christian Laval dis­tinguen entre el comunismo *de* Estado y el comunismo *sin* Estado. Allí pro­ponen, en lugar del proteccionismo de Estado, favorecer el desarrollo de una capacidad de autoprotección. ¿Puede señalar ejemplos actuales y específicos?

**PD**: Tomamos esta distinción de Víctor Serge para justificar el uso de la expresión “comunismo de Estado” que algunos consideran contradictorio por el hecho de que el comunismo sería necesariamente sin un Estado. Pero no estamos a favor de una “abolición del Estado”, a la manera de los anarquistas, ni del estatista que hace del Estado el centro de la vida social. Abogamos por el establecimiento de un nuevo tipo de Estado basado en los comu­nes. Ni anarquismo, ni estatismo, sino autogobierno colectivo en todos los niveles de la sociedad. Es por eso que tomamos de Joan Subirats, uno de los inspiradores de “Barcelona en Común”, la idea de un “movimiento de protec­ción que genera autonomía”. Destaca con razón que es “una de las claves del movimiento de los comunes” y que es contradictoria con “la tradición centrada en el Estado”. Esta es la idea de lo público no estatal: el municipio de Barcelona ha otorgado contratos de arrendamiento por 100 años a aso­ciaciones de vecinos para la gestión de sitios para cooperativas de vivienda en lugar de planificar la construcción de viviendas públicas de propiedad estatal.

**AC**: También en *La sombra de Oc­tubre* está clara la condena del comu­nismo burocrático y autoritario, enfa­tizado desde el epígrafe inicial de Kro­potkin hasta el epígrafe de Cornelius Castoriadis en el capítulo 5. Pero ¿es posible defender a los más vulnerables sin un Estado nacional fuerte y organi­zado que resista la mundialización?

**PD:** Desde nuestro punto de vista, es ilusorio tratar de “defender a los más vulnerables” por medio de un “Estado nacional fuerte” en la medida en que la lógica del Estado-nación es histórica­mente una lógica propietaria, jerárqui­ca y patriarcal. Además, en los últimos años, el Estado-nación ha demostrado cuánto se ha convertido en un actor neoliberal por derecho propio, inclu­so en países cuyos gobiernos afirman haber roto con el neoliberalismo. La lógica productivista y extractivista con­tinuó prevaleciendo en el Ecuador con Correa, en Brasil con Lula (especial­mente durante el segundo mandato) y Venezuela en una forma particularmen­te autoritaria con Chávez y Maduro. Es por esto que una transformación radi­cal del Estado no puede provenir de dentro del Estado, sino de la extensión y el refuerzo del movimiento autóno­mo de los comunes.

**AC**: En la tercera parte de *Com*ún (2015), se enumeran nueve propuestas políticas. Entre ellas, se busca, por ejemplo, construir una política de lo común, oponer el derecho de uso a la propiedad, instituir la empresa común, comprender que lo común debe fundar la democracia social, etcétera. ¿No se trata allí de una lista de fines en vez de una lista de medios eficaces?

**PD**: De hecho, estas propuestas políticas establecen objetivos en el camino de la construcción de una so­ciedad común. Por ejemplo, la acción de devolver el derecho de uso contra el derecho de propiedad como un de­recho exclusivo y absoluto constituye un objetivo de ir más allá de la lógica propietaria. Pero al mismo tiempo, este objetivo corresponde a demandas y experimentos prácticos implementa­dos aquí y ahora en la lucha contra el capitalismo neoliberal (por ejemplo, hacer que un derecho de uso colectivo prevalezca sobre ciertas tierras o ciertos lugares). En este sentido, es necesario romper con el patrón tenaz según el cual la elección de los medios sería una táctica pura. Los medios solo son váli­dos si hacen que el final esté presente, aquí y ahora, en lugar de devolverlo a un futuro indefinido. Los medios no son instrumentos, “vienen con” el fin y nunca son independientes de él.

**AC**: En *Com*ún, el lector latinoamericano habituado a las ciencias sociales y políticas puede advertir que en las referencias predominan los autores franceses, los clásicos del marxismo, los europeos en general, pero no se menciona jamás a filósofos políticos como John Rawls, Robert Nozick, Ronald Dworkin. ¿Es una opción deliberada?

**PD**: Por nuestra parte, esta falta de mención es de hecho deliberada. Nos referimos a la concepción de la pro­piedad privada de Nozick en *La nueva raz*ó*n del mundo*, pero fue para mostrar mejor que esta concepción estaba muy alejada de la de Locke, a pesar de una referencia insistente a ella. Por otro lado, no hay duda de este autor o de los otros dos en *Común* por una razón simple y buena: ninguno de estos au­tores nos ayuda de ninguna manera a desarrollar una alternativa al capita­lismo neoliberal. Nozick, porque es libertario, Rawls y Dworkin porque son parte de una controversia que rechaza­mos en sus términos: la que enfrenta a los liberales y los comunitaristas. Lo que entendemos como “común” no presupone ni el sujeto racional aislado de los liberales, ni la comunidad de tradición y cultura de los comunitaris­tas. Como principio, requiere la partici­pación conjunta en la misma actividad práctica colectiva, la de la producción de las reglas de uso. El sujeto colectivo de lo común no preexiste a esta activi­dad. Lejos de ser el punto de partida, es un efecto.

**AC**: En *La pesadilla que no termina nunca* (2016) usted y Christian Laval entienden por “neoliberalismo” algo distinto de la acepción corriente del término. Lo analizan como una “ra­zón-mundo” que propaga la lógica del capital hacia todas las relaciones socia­les. No es un sistema de “partido úni­co” pero sí de “razón política única”. ¿Qué papel juegan en esto los medios masivos de comunicación?

**PD**: Hablamos muy precisamente de una “razón mundial” para indicar que es una racionalidad que no conoce límites y que cruza todas las relaciones sociales. Esta racionalidad es imple­mentada por múltiples actores. En nuestra opinión, los principales medios de opinión y entretenimiento son un componente esencial de lo que llama­mos el “bloque oligárquico neoliberal”. Esto es particularmente cierto con respecto a la experiencia económica prevaleciente que ejerce una función política real al recordar a los gobiernos cuando es necesario si se desvían un poco de la normalidad neoliberal. Sin embargo, se debe tener cuidado de cualquier ataque indiscriminado contra “periodistas”, muchos de los cuales están tratando de hacer su trabajo de manera honesta e independiente (como es el caso de Mediapart en Francia).

**AC**: ¿Qué nos enseñan hasta hoy las experiencias de Podemos en España y Syriza (Coalición de la Izquierda Radical) en Grecia?

**PD:** Son dos experiencias muy di­ferentes. La de Podemos fue iniciada desde arriba por un núcleo de acadé­micos que canalizaron las aspiraciones nacidas en 2011 del movimiento de los indignados del 15M. Hoy está claro que Podemos, después de renunciar a la postura de “centralidad” (ni derecha, ni izquierda), está en proceso de nor­malización política y está cada vez más integrado en el juego de los partidos. La experiencia de Grecia fue impulsada por Syriza, una coalición de pequeños partidos de inspiración marxista que no resistieron la “prueba del poder”: des­pués del fracaso de julio de 2015, el go­bierno de (Alexis) Tsipras se hizo cargo de los planes de la Troika (\*) e impuso un paquete de austeridad sin preceden­tes al pueblo griego. En ambos casos, la estrategia de “conquistar el poder del Estado” reveló sus límites insuperables. La transformación social implica una ruptura con esta estrategia.